

La tormenta estalló en Santiago el cuatro de julio, unas horas después de que el conde Galeazzo Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Mussolini, llegase a España en una visita oficial que estaba siendo seguida con especial atención en todas las cancillerías del mundo. «La visita de Ciano a España —titulaba *El Mercurio* aquella mañana— podría traducirse en la solidaridad de Madrid con el Eje.» Tras unas semanas de tiempo apacible y temperaturas altas para la estación, el día en la capital chilena amaneció nublado, frío y amenazando lluvia o, incluso, nieve. Con las primeras luces se escucharon algunos truenos del lado de la cordillera andina y la gente, que se resistía a asumir la llegada del invierno, acabó resignándose a salir de casa embozada en la mejor ropa de abrigo y provista de paraguas. Pero las inclemencias meteorológicas enseguida se difuminaron tras la borrascosa sesión que en medio de una expectación tan inesperada como inusitada se estaba desarrollando en el Parlamento. Aquella mañana nadie se imaginaba por los pasillos de la Cámara de Diputados el virulento debate que iba a desencadenar la inminente llegada de un grupo de inmigrantes españoles procedentes de los campos de refugiados republicanos en Francia. Inicialmente, el tema principal que aparecía en el orden del día era una declaración en homenaje a Estados Unidos en su fiesta nacional.

Los periódicos conservadores llevaban varios días criticando la iniciativa de Pablo Neruda pero, en la expresión popular, nadie creía que la sangre fuese a llegar al río Mapocho. *El Diario Ilustrado* había

publicado la víspera un editorial muy duro en el que bajo el título «Pedimos sinceridad» exigía al Gobierno de Aguirre Cerda que aclarase de una vez por todas sus planes en materia de inmigración: «No hay —aseguraba el periódico— un desmentido categórico, formal, explícito, que dé al país la sensación de que sus derechos primarios para aspirar al poco trabajo que existe para tan considerable demanda de actividad no serán invadidos por elementos que llegan envueltos en pretextos humanitarios».

Concluía el editorial con un análisis poco menos que apocalíptico ante el problema que, en su opinión, crearía la llegada de los exiliados: «Chile no está avecinado a una cesantía. La tiene y se muestra implacable en esta capital, en que se ve miseria y hay una fuerte epidemia de tifus exantemático, síntoma inequívoco de aquel estado. Sin embargo, no quiere verse el progresivo avance de la crisis mundial, y se entrega a los trabajadores chilenos a la competencia de los brazos extranjeros. Se les empuja a una desocupación e incertidumbre más crueles todavía».

A pesar de tan graves advertencias, hasta bien entrada la mañana del día cuatro nada parecía indicar —se recuerda— que la polémica prendiese en la oposición conservadora, y menos con tanto dramatismo como el que sus diputados escenificarían a la hora de afrontarla. Hasta ese momento, la admisión de algunos inmigrantes españoles era una empresa humanitaria bien vista por infinidad de sensibilidades e impregnada, además, de cierto reconocimiento a la legitimidad de la que podían alardear las víctimas de la guerra, y contra la que en un sistema democrático no era fácil argumentar sin colocarse en el gompismo militar. Por otra parte, aunque la causa franquista contaba con numerosos simpatizantes en todo el país, y especialmente en los círculos más reaccionarios de Santiago, muchos entre los que admiraban su sesgo ultra no dejaban de reconocer tímidamente que se trataba de un régimen fascista que había liquidado la República — la forma de Gobierno de la que Chile se sentía tan orgulloso— y que negaba la libertad de los ciudadanos,

algo que los chilenos valoraban más que en cualquier otro país del continente.

Las declaraciones que Neruda había hecho a la United Press, donde anticipaba la operación que estaba montando, eran la gota que colmó el vaso de los más acérrimos adversarios de la gestión que estaba haciendo el Gobierno del Frente Popular. Nunca como en aquellas horas la derecha política invocó tanto el derecho de los trabajadores a tener un empleo y un salario digno. La sesión de la Cámara arrancó con absoluta normalidad, resolvió casi sin debate algunas cuestiones de trámite, y sólo cuando el vehemente diputado Rafael Irarrázabal, portavoz del Partido Liberal —seguramente el representante más extremista entre los ultraconservadores—, pidió la palabra para abordar un asunto urgente y grave, el hemisiclo burbujeó en la impaciencia entre movimientos de sorpresa y comentarios en voz baja.

«Deseo aprovechar esta oportunidad —comenzó en tono calmado el diputado— para referirme a un asunto que, con razón, viene preocupando desde hace tiempo a la opinión pública. Deseo tratarlo con franqueza y de ahí que deba principiar por pedirle a la honorable Cámara que no vea en mis palabras un ataque injustificado a aquellos funcionarios a quienes ellas puedan alcanzar, sino el deseo patriótico de aprovechar esta tribuna para expresar mi pensamiento acerca de la llegada a Chile de ciertos refugiados españoles que es el principio de una corriente de inmigración que en la forma en que se inicia es altamente inconveniente para el interés nacional.»

El diputado Irarrázabal, hijo de inmigrantes vascos, recordó enseguida la promesa hecha por el presidente cuando anunció el establecimiento de unos principios «severos de inmigración, que permitan la incorporación a nuestra nacionalidad de elementos exclusivamente productores en la industria, la minería y la agricultura. Nada de prestamistas, especuladores, profesionales o comerciantes (...) una política de inmigración de elementos que contribu-

yan al progreso de este país hospitalario y traigan el aporte valioso de su esfuerzo...».

Poco a poco el áspero tono de voz del diputado conservador se iba elevando. Apoyado con las dos manos en el atril, ya la cara congestionada y las uñas clavadas en las palmas de las manos, prosiguió:

«Pero qué distante de esta declaración presidencial es la realidad que palpamos. Miremos el problema con serenidad, sin apasionamiento y planteemos las cosas en el terreno de esta realidad. Se permitirá la entrada a Chile de niños españoles (...). Dejemos a un lado el hecho de que llegarán aquí niños españoles, que, embarcados de los distintos puntos de Europa, menos de España, serán traídos al país, sin que sepamos jamás si ellos lo desean o no».

Irarrázabal hizo una pausa para observar el efecto que sus palabras estaban produciendo en las diferentes bancadas de la Cámara. Bajando por breve tiempo la voz, prosiguió: «Dejemos a un lado ese problema que he querido sólo enunciar (...) El tiempo de que dispongo es escaso y debo concretarme a preguntar: ¿creen sus señorías que hay algún beneficio para Chile en la llegada de esos niños españoles? ¿Pueden aportar ellos algo a la industria o a la agricultura? ¿No es ya demasiado grande, señor presidente, el número de nuestros niños huérfanos que vagan por calles y plazas, mendigando el pan para su sustento? ¿No le parece a la honorable Cámara que ese problema es ya suficiente?».

Nadie aplaudió. Los miembros de la Cámara y los periodistas escuchaban sin dar crédito a lo que estaban oyendo. Pero enardecido por el eco que su potente voz creaba en las paredes del hemiciclo, el diputado Rafael Irarrázabal prosiguió:

«Pero hay algo más serio, hay algo profundamente peligroso para este país, ya bastante atormentado por las pasiones incontroladas de ciertos sectores de la opinión. Nuestros cónsules están visando pasaportes a ciertos personajes demasiado sospechosos para que se les permita entrar al país sin mayor examen (...) son los elementos excombatientes de la República española, que vienen a estas pla-

yas no con el propósito sano y vigoroso del trabajo dignificador. Vienen a encauzar sus ideas...».

Como prueba de sus afirmaciones, el diputado leyó una carta, ajena por completo a los planes de Neruda, en la que Daniel Alonso, el secretario general de las Sociedades Hispánicas Confederadas, solicitaba la entrada en Chile de catorce excombatientes de la República que se hallaban en Ellis Island (Nueva York).

«Estas personas —concluyó Rafael Irarrázabal— no pueden volver a Francia, porque sufrirían condenas. Francia, país de la libertad, simpatizante con la causa de Azaña, los condenaría, de manera que son reos de delitos comunes, y a esos reos se los trae a Chile como inmigrantes. En buenas cuentas se nos traen ladrones y asesinos.»

—¿Y su señoría desearía que vinieran franquistas? —preguntó alzando su voz desde el escaño el diputado radical Marcos Chamudes.

—¡Hombres honrados, que es muy distinto! —se oyó gritar en otro extremo al diputado Walter Larrain.

En medio del tumulto, entre intercambios de acusaciones, voces de protesta, pataleos, aplausos y gritos de rechazo, el intercambio de palabras entre Irarrázabal y Chamudes se prolongó unos minutos con el hemiciclo al borde de un estallido de violencia.

—Son hombres dignos, que defendieron la libertad de España. Son personas honorables y trabajadoras —insistió Chamudes.

—No pueden volver a Francia porque están procesados. Son ladrones y asesinos —replicaba Irarrázabal.

—Su señoría desearía que fueran falangistas de los que vinieron a Chile en tiempo del señor Alessandri —contraatacaba Chamudes.

Irarrázabal, que reclamaba con la mirada al presidente de la sesión parlamentaria el restablecimiento del orden para concluir, prosiguió: «Países de gran organización como los Estados Unidos, gobiernos avanzados como el de México, le han cerrado las puertas a esta inmigración. Y si lo han hecho es porque, conscientes sus

gobiernos de sus deberes, no han querido que se establezcan elementos que no dan las garantías necesarias de ser hombres de trabajo y, por el contrario, hay seria presunción en contra de ellos. Y tan sería esa presunción que Rusia se ha negado a recibirlos. Los diarios franceses *Gringoire* y *La Ilustración* nos relatan algo de lo que en Francia significa mantener a los refugiados españoles...».

—Son órganos de prensa pagados por Hitler desde Berlín, honorable diputado —le interrumpió de nuevo Chamudes.

«Basta revisar algunos números de *La Ilustración* francesa —continuó Irarrázabal sin darse por enterado de la observación de su colega— para darse cuenta de los enormes daños que han sufrido los predios cercanos a los campos de concentración, campos que el Gobierno tiene que hacer custodiar con tropa de línea. Diarios y revistas franceses nos muestran todos los días la verdadera desesperación que allá existe con la permanencia de estos españoles. En uno de esos diarios he podido leer lo siguiente: “En Argelès-sur-Mer no queda ni una cepa de viña, ni un ciervo. La mayoría de las casas deshabitadas en el invierno fueron saqueadas o deterioradas”».

—¿De dónde saca esa historia, honorable diputado? —le increpó una vez más Marcos Chamudes.

—¿De dónde la saqué? No tiene su señoría más que leer *La Ilustración* francesa —respondió Irarrázabal.

—¿Su señoría cree en eso? —intervino el diputado Vega.

Irarrázabal no respondió. Incluso estaba haciendo caso omiso, ya por tercera vez, de las advertencias del presidente de la sesión, el vicepresidente de la Cámara, para que concluyese. Comparecía provisto de un abultado dossier, con anotaciones propias y traducciones de periódicos franceses. En su palabra acalorada, todos los problemas de Francia eran atribuidos a los refugiados españoles. Insistía: «La temporada turística que comienza generalmente en Pascua no tendrá lugar este año. En San Lorenzo, todas las cosechas destruidas, los árboles frutales los han raspado y no les queda más que perecer. He podido leer artículos... que cuentan casos concretos, dando

nombres y apellidos de todos los delincuentes que se escapan de los campos de concentración y se dedican al robo y al saqueo». Luego, comentó: «Al liquidarse la guerra española, el general Franco dictó un decreto de amnistía para todos los soldados de la ex República que se limitaron a ser soldados. Pero, naturalmente, eliminó de esa amnistía a los que se habían aprovechado de la guerra para cometer depredaciones, asaltos y asesinatos y, siendo así, son muchos los elementos que no pueden volver a España y pretenden buscar refugio en otros países».

El liberal ultra Rafael Irarrázabal seguía enumerando razones para impedir que se autorizase la entrada de inmigrantes españoles. Una de ellas era la elevada tasa de paro que existía en el país y el rechazo a su llegada de muchos trabajadores que temían un incremento de las dificultades para encontrar un empleo una vez que se sumasen al mercado laboral los exiliados españoles. Los sindicatos, sin embargo, no se habían hecho eco de esas inquietudes e incluso les preparaban una gran recepción de bienvenida. También para eso tenía explicación y crítica Irarrázabal: «Se les recibe y se les saluda no porque vengan a trabajar, lejos de banderías políticas, y dediquen sus esfuerzos a incrementar las actividades nacionales. Se les recibe en calidad de excombatientes. Se saluda en ellos a la causa que en su patria ensangrentada defendieron y cualquiera que sea el criterio que se tenga para apreciar lo que allá sucedió, no puede afirmarse que elementos heterogéneos, rusos unos, polacos y húngaros otros, pueden ser base de una inmigración conveniente... Esto no es facilitar la inmigración, esto es llenar al país de maleantes».

En todo su largo discurso el diputado no mencionó a Neruda por su nombre. Conocía muy bien su popularidad y el respeto intelectual que ejercía en diferentes ámbitos. Pero sí lo atacó de manera indirecta, pluralizando incluso, lo cual no tenía fundamento: «... que cónsules chilenos que se habían abanderizado en el conflicto español estén visando pasaportes de acuerdo con su sentir personal y tengan

convertidas a las legaciones y consulados chilenos en verdaderas empresas destinadas a facilitar el transporte a destajo a elementos que no pueden volver a España... merece condenarse con energía».

«Es peligroso, pues, abrir así, no más —concluyó el flamígero diputado—, las fronteras a todos aquellos que quieran llegar hasta acá y un deber patriótico nos obliga a manifestar que hay imprudencia de nuestra parte al permitirlo.» Irarrázabal, que sabía pasar de la denuncia airada al lamento desconsolado, concluyó con un gesto de resignación hacia lo que consideraba oídos sordos del Gobierno ante cualquier argumento de la oposición. Anunció que no presentaría una propuesta: «Hacerlo en el régimen que vivimos parece inoficioso. Cegados nuestros gobernantes, no creen en la buena fe de nadie. Se creen los depositarios del patriotismo y, vendados los ojos por el espíritu partidista, olvidan aun sin quererlo el interés nacional».

Las encendidas palabras del diputado liberal provocaron un cruce de respuestas airadas, no exentas a veces de improperios, entre los diputados afines al Gobierno y los de las bancadas opositoras. Durante varios minutos el hemiciclo se convirtió en un guirigay que ni las reiteradas llamadas al orden del presidente ni los golpes de campanilla conseguían apaciguar. El portavoz radical, Marcos Chamudes, aguardó unos minutos en silencio en la tribuna de oradores a que se restableciese el orden y, sin olvidarse de la cortesía parlamentaria tan habitual entonces, dijo:

—Señor presidente, yo tengo sobre el señor Irarrázabal una alta opinión; pero, en verdad, el discurso que acaba de pronunciar habla muy mal de él. Desde luego, demuestra muy poco espíritu cristiano. Los hombres que hoy día sufren en los campos de concentración de Francia lucharon en España por un alto ideal: por la libertad de su patria. Y un espíritu humano no puede oponerse a que esos hombres, cualesquiera que sean sus ideas, tengan en nuestra patria un refugio donde vivir con tranquilidad y libertad...

—¡Ésos pueden volver a España! —le interrumpió la voz estentórea de otro diputado conservador, el señor Aldunate.

—No pueden —replicó Chamudes—, porque ahí domina el terror de Hitler, de Mussolini, de Franco... El señor Irarrázabal sacrifica el espíritu cristiano con el cual él debiera ser consecuente en aras del afán politiquero de las derechas, de llevar a la opinión pública chilena más y más motivos de injustificada alarma. El señor diputado no ha dicho cuál es el carácter de su fuente de informaciones. Todos ellos son diarios reaccionarios de Francia. Es sabido que en Francia —y esto se ha demostrado hasta la evidencia en dicho país— hay un gran trabajo del hitlerismo y su prensa reaccionaria es subvencionada por la Oficina de Propaganda que dirige en Alemania Goebbels.

—En Estados Unidos pasa otro tanto —vociferó el diputado Prieto Concha.

—También, también —reconoció Chamudes—, como la prensa de Hearst (se refería al creador del periodismo amarillo). E incluso en Chile hay diarios, en los cuales la gente de derechas mete la mano, que tienen relación con la Oficina de Propaganda de Goebbels.

—¿Podría probarlo su señoría? —preguntó visiblemente indignado un diputado de apellido Alcalde en medio de silbidos, voces de protesta y gestos airados.

En el batiburrillo de voces e insultos, acompañado de pateos y golpes en los pupitres, pudieron escucharse preguntas a gritos sobre diferentes asuntos. Incluso mediaron acusaciones de especulación con vidas humanas. Walter Larrain inquirió:

—Y ¿cuánto han ganado —no especificó quién— con la introducción de judíos en Chile?

Y él mismo se respondió:

—De cinco mil pesos para arriba por cada judío.

—¡Mucho más! —le corrigió Joaquín Prieto.

—Eso se hacía en la anterior Administración —les cortó Chamudes sin perder la calma. Por lo demás, son falsos los antecedentes traídos por el honorable señor Irarrázabal sobre las condicio-

nes morales de estos inmigrantes (...) El señor Ortega (se refería al ministro de Relaciones Exteriores) ha manifestado, y los hechos se han ceñido a estas declaraciones, que esta inmigración será organizada y limitada a hombres que no vengan aquí a hacerles la competencia a nuestros obreros, sino hombres útiles para la producción, es decir, para la industria y la agricultura.

Chamudes expresó con un gesto de las manos su intención de concluir:

—La historia de nuestra República demuestra lo útiles que han sido los elementos extranjeros que hasta nuestras tierras han llegado. Es por lo demás absolutamente falso que los inmigrantes españoles tengan las condiciones morales que les ha atribuido el honorable señor Irarrázabal, quien ha tenido incluso la osadía de afirmar que muchos de ellos son elementos acusados de delitos comunes.

—¡Eso lo dice un diario! —exclamó desde su escaño Rafael Irarrázabal.

—Yo no estimo —continuó Marcos Chamudes—, y nadie puede estimarlo, que luchar por la libertad de su patria sea un delito común. En todo caso, lo sería el traicionarla, como lo hizo Franco, a quien tanto admira el señor Irarrázabal. Uno de los diputados que no debiera haber planteado este debate es el señor Irarrázabal, descendiente de una inmigración de vascos que no honraban en absoluto su honrosa nacionalidad.

—¡Los vascos no tienen nada que ver con esto! —le interrumpió Walter Larrain, también descendiente de vascos.

—A pesar de que muchos vascos que llegaron a nuestras playas fueron aventureros —replicó Chamudes.

—Los vascos no; los andaluces, honorable diputado —sentenció Larrain.

Chamudes carraspeó antes de retomar el hilo de su argumentación:

—Por lo demás, ¿con qué derecho los partidos del Gobierno en la anterior Administración meten ahora tanto escándalo cuando

ellos abrieron las puertas en Chile a los franquistas refugiados en nuestra embajada en Madrid? ¿Y si Franco hubiera perdido, no nos habría infestado el país con moros y legionarios extranjeros?

La pregunta quedó en el aire empañada en el comentario irónico del diputado independiente Moore, a quien se escuchó comentar:

—Tienen tan poca capacidad creadora el Frente Popular y sus hombres que hasta para cometer errores imitan a las derechas...

Chamudes no se hizo eco de tan sarcásticas palabras.

—Nosotros —concluyó— estimamos que honra a nuestro país ante el mundo entero abrir las puertas de Chile a la inmigración de hombres perseguidos en Europa...

La intervención del portavoz socialista Latcham, quien empezó recordando la tradición de asilo que imperaba en Chile desde muy antiguo, mantenida incluso por muchos gobiernos conservadores, acabó convirtiéndose en un violento rifirrafe con otros diputados conservadores encabezados por Walker Larrain.

—Me extraña singularmente —inició su intervención Latcham— que de una persona de la cultura del honorable señor Irarrázabal haya oído aquí expresiones propias de una pasión inconcebible al tratarse de un hecho en el cual, por encima de todo, debe primar la solidaridad humana. Sus señorías deberían tomar ejemplo de la buena tradición de la derecha cuando imperó en Chile ese amplio espíritu (...) para acoger a todos los ciudadanos desterrados o exiliados por razones políticas.

—¡Seleccionados, honorable colega! —exclamó Walker Larrain.

—No acepto interrupciones, honorable señor Walter. Para eso no debe haber pasión, sino un espíritu de ponderación.

—¡Cómo su señoría —replicó Larrain— va a comparar las cabezas que vinieron entonces con las arrojadas de toda Europa que vienen hoy día!

—Honorable señor Walker —gritó fuera de sí un exaltado diputado gubernamental, de apellido Vega—, ¡con su propia persona está demostrado que no fueron seleccionados!

Algunos diputados cruzaron insultos y amenazas de escaño a escaño. El presidente advirtió que interrumpiría la sesión si no se restablecía el orden en el hemiciclo.

—Frente a este problema —continuó Latcham cuando amortiguó el tumulto—, que es de solidaridad humana, no creo que deba adoptarse un criterio cerril y extremo por parte de algunos sectores de la derecha, apasionados en sus puntos de vista, aunque en ella sé que hay espíritus ponderados y ecuánimes... Este problema... no es un hecho, como parece desprenderse de las palabras del honorable señor Irarrázabal, que consiste en una venida de ciudadanos españoles al lote, en forma amplia y sin control. En esta venida de ciudadanos españoles, que es un asunto importante para los sentimientos de solidaridad con la sangre y la raza españolas, no puede establecerse un criterio de tenderos, sino de deber social amplio y de cultura humana, como lo hicieron también grandes hombres del pasado, como Manuel Montt...

—¡Pero no trajeron la hez, como ahora! —respondió cada vez más exaltado Walker Larrain.

—¡Qué sabe su señoría de esto! —replicó Latcham.

—¿Y por qué va a saber más su señoría? —contraatacó Larrain. Nuevamente estalló el rifirrafe.

—En mi modo de ver este problema —intentó explicar Latcham—, no estoy siguiendo el criterio de agencieros ni de usureros; nuestro pensamiento al respecto es más noble y más elevado. En México y en la República Argentina, donde no impera un Gobierno de izquierda, ha habido una comprensión humana más amplia y más elevada. Allá acogieron a muchos y distinguidos refugiados republicanos.

—¿Por qué no se van para allá entonces? —interrumpió una vez más Walker Larrain.

—¡Que se resguarde el derecho del orador! —reclamó con toda la fuerza de sus pulmones el diputado Mardones.

—¡No nos dejan decir verdades! —argumentó Larrain.

—¿Por qué ofende a la colonia española? —le replicó el diputado Conessa.

—Yo no ofendo a la colonia española —aclaró Latcham—. Tengo un conocimiento bastante profundo de España para distinguir en ella a los hombres de pro de los agencieros y prestamistas... ¿Cómo pueden sus señorías confundir esto con la hez de España? ¿Ha descendido tanto la cultura del Parlamento chileno que pueda confundirse de este modo a hombres tan ilustres con aventureros o con los moros que apoyaron a Franco?

El diputado recordó algunos nombres como Américo Castro, Labora o Díaz Cacedo, acogidos por México, donde desarrollaban ya su labor docente.

—La actitud de la derecha —añadió— frente a este problema es verdaderamente una afrenta para descendientes de españoles, que debían ser cristianos y generosos. Estoy de acuerdo, además, con que entren al país obreros españoles, porque como tales figuran entre los mejores del mundo por su capacidad y por su sobriedad, como que podría decir que nunca vi borrachos en España. Es de importancia considerar que hay allí obreros especializados, como los catalanes y vascos, que son técnicos en materia de pesca y que nosotros podríamos aprovechar y ellos sernos verdaderamente útiles... Hace poco, un hombre distinguido expresaba que un arquitecto de aquí había contratado a algunos de estos obreros especializados españoles. Este arquitecto es derechista y estos obreros especializados eran españoles refugiados, republicanos, y atestiguaba que habían sido los obreros más probos, los más diligentes y los más capaces en el trabajo.

El orador miró de soslayo al hemiciclo, que se había quedado en silencio por primera vez en mucho rato, y agregó:

—Todas estas afirmaciones en contra de las actuaciones del Gobierno a este respecto sólo tienden a producir alarma pública, a sembrar el confucionismo y a preparar el campo de las posibilidades de una revuelta facciosa. Así se hace creer que aquellos españoles son

terroristas, anarquistas, asaltantes de conventos y violadores profesionales...

—Etcétera, etcétera, etcétera —apostilló Larrain puesto en pie en actitud desafiante.

Latcham en esta ocasión no se mostró afectado por semejante impertinencia.

—Y están absolutamente equivocados, porque nadie que sea sensato tiene ni puede tener ese criterio; no pueden tener eco estas especies calumniosas —mirando hacia los escaños de la derecha, advirtió—: Sus señorías cada vez están más obcecados y retrógrados. Y respecto a esta inmigración de españoles, se debe considerar que con antelación a estos tiempos, cuando peligraba la causa de Franco, no tuvieron reparo sus señorías en permitir la entrada a Chile a numerosos sacerdotes y monjas...

—Fueron pocos —interrumpió Larrain.

—... como también a gran número de facciosos —prosiguió Latcham—, como los que forman la actual embajada de Burgos, especialmente destinados a sembrar odios y alarmas, lo que es contrario al espíritu y doctrinas de la democracia.

Nuevamente las palabras de Latchman fueron interpretadas como una provocación. Una vez más el diputado fue asediado por los gritos y gestos de hostilidad de algunos de sus colegas conservadores.

—Protesto de las palabras del honorable diputado —se oyó decir a su colega Marín—, que ofenden a dignos representantes de una nación amiga —dirigiéndose a la Presidencia, advirtió—: No es posible, señor presidente, que se injurie aquí a la representación diplomática de España.

—Yo no ataco a la nación española —le cortó Latcham, que seguía en el uso de la palabra—, sino a los que han hecho obra sediciosa a la sombra oscurantista del llamado Gobierno de Burgos.

* * *

La misión de Pablo Neruda no sólo despertaba reacciones de rechazo en Chile e inquietud en España, donde sus movimientos eran vigilados por los servicios de información que el régimen franquista tenía desplegados en Francia. También en el entorno del Gobierno Republicano en el exilio era vista con desconfianza por algunos, sobre todo por los dirigentes críticos con la influencia que los comunistas venían ejerciendo desde los últimos meses de la guerra en el Gobierno de Juan Negrín. Rafael Alberti había introducido al cónsul chileno en aquellos círculos y Neruda entendió que la operación debía organizarla en colaboración con el SERE, el organismo que, a su entender, representaba mejor a la legitimidad institucional, y no con la JARE de Indalecio Prieto, quien, sin negarle buenas intenciones, en su opinión estaba dividiendo peligrosamente un esfuerzo muy necesitado del respaldo de todos.

En el SERE encontró además la ayuda burocrática que le negaban en su propia embajada y la solución para muchos de los problemas con que sus planes tropezaban. El primero, establecer comunicación con los campos donde se hallaba el grueso de los refugiados y con otros exiliados que se hallaban desperdigados por muchas localidades del país, para ofrecer la oportunidad de emigrar a Chile al mayor número posible de interesados y poder hacer entre ellos la selección conforme a las instrucciones que había recibido. En segundo lugar, lo que también era fundamental, decidir la manera de trasladar a los elegidos de la forma más rápida y con el menor coste posible a Chile.

Finalmente, también estaba el peliagudo problema de la financiación. Los aspirantes no podían pagarse el pasaje, eso era evidente, y el SERE, que tenía que diversificar sus atenciones, tampoco podía hipotecar una cantidad tan elevada para dar salida a un solo grupo y hacia un único destino. Las recaudaciones de los comités extranjeros llegaban con creciente generosidad, pero también tenían que dividirse entre las diferentes opciones de acogida que empezaban a abrírseles a los exiliados, lamentablemente menos de las necesarias.

El Comité Chileno, creado para atender específicamente el proyecto de Neruda, había recaudado dos millones y medio de pesos, una cantidad importante que llenó al poeta de alegría por doble motivo: casi garantizaba el alojamiento y la subsistencia durante los seis primeros meses de estancia en el país al grupo inicial y, sobre todo, porque demostraba que el pueblo chileno albergaba sentimientos inigualables de solidaridad.

Pero, entre las dudas, seguía pendiente el grueso de la operación, que era el traslado de los emigrantes en barco hasta Valparaíso. Claro que antes había que proporcionarles billete de tren o autobús para su traslado hasta el puerto de embarque. Todo ello suponía gastos y una gestión complicada. La embajada, además, había advertido a Neruda que no eximiría, salvo orden expresa de Santiago, de los derechos de visado a los emigrantes, lo cual añadía otra cantidad importante al presupuesto global: a doscientos francos por persona, serían en total unos cuatrocientos mil los que habría que desembolsar. ¡Una fortuna! El poeta, saltándose una vez más la jerarquía de la representación diplomática, hizo gestiones indirectas en la Cancillería para que se les extendiese un visado colectivo cuyo coste sería infinitamente menor. No fue fácil, la autorización dependía de otro ministerio y la decisión se demoró hasta el último momento.

Fue en las oficinas del SERE, ya con centenares de solicitudes para emigrar a Chile sobre la mesa, donde surgió la idea de fletar un barco en el que pudiesen ser trasladados en un solo viaje todos los seleccionados. La empresa no era fácil. La situación internacional complicaba la navegación especialmente por las rutas europeas y mantenía en vilo a la marina mercante. Trasladar a refugiados de una guerra cuando parecía inminente el estallido de otra de mayores magnitudes era arriesgado. Además, barcos de pasajeros libres de compromisos y dispuestos a hacer una travesía ocasional de ida y vuelta con más de dos meses de duración no existían, al menos con la urgencia que se reclamaba.

Las buenas relaciones del Gobierno de Negrín con los comunistas, objeto de tantas discrepancias y tensiones en su Gobierno, en esta ocasión al menos propiciaron que la solución resultase más fácil de lo esperado. Alguien en el transcurso de alguna de aquellas reuniones en las oficinas del SERE, a las que Neruda acudía con una larga lista de problemas, exclamó:

—¡Coño, el *Winnipeg*!

El *Winnipeg* era un carguero de nombre resonante con una mínima disposición para acoger a unas decenas de pasajeros, pero sus propietarios —tras los cuales se halla de una forma encubierta el PCF— no vieron especial dificultad para adaptar sus malolientes bodegas a un improvisado transporte de personas. Sería muy en precario, advirtieron, y costaría un dinero transformar el espacio disponible, tres pisos de sus bodegas, en alojamientos, comedores y letrinas; pero tratándose de una emergencia, no cabría esperar demasiado confort. Acondicionar el viejo cascarón preparado para transportar madera a las necesidades de centenares de pasajeros durante cuatro semanas de travesía requeriría, eso sí, tiempo. Neruda nunca había oído aquel nombre, pero le gustó: «Me gustó desde el comienzo la palabra *Winipeg* (sic) —escribió, robándole una ene al nombre, error del que no se apearía ni siquiera cuando lo observó escrito en el casco del buque—. Las palabras tienen alas o no las tienen. Las ásperas se quedan pegadas al papel, a la mesa, a la tierra. La palabra *Winipeg* es alada. La vi volar por primera vez en un atracadero de vapores cerca de Burdeos. Era un hermoso barco viejo, con esa dignidad que dan los siete mares a lo largo del tiempo. Lo cierto es que nunca llevó aquel barco más de setenta u ochenta personas a bordo. Lo demás fue cacao, copra, sacos de café y arroz, minerales. Ahora le estaba destinado un cargamento más importante: la esperanza».

La esperanza estaba impregnada de carencias y necesitaba tiempo. En realidad, el tiempo era casi lo que más escaseaba. La situación de los refugiados era insostenible, mientras que la paciencia del

Gobierno francés comenzaba a flaquear. Negrín y su Gobierno estaban ansiosos por empezar a mostrar resultados de sus gestiones que tranquilizasen a las dos partes. Y Neruda, que estaba puntualmente informado del ambiente político que se respiraba en Chile, mucho más: temía, y no sin razón, que la campaña desatada por la derecha parlamentaria y periodística en Santiago acabase haciendo mella en el Gobierno y los planes para enviar exiliados en calidad de inmigrantes que estaba poniendo en marcha se cancelasen o fuesen reducidos al mínimo.

En los primeros días de julio intensificó sus gestiones hasta el agotamiento. En el Partido Comunista Francés siempre era recibido con especiales atenciones: aunque sabían que no era militante, tampoco ignoraban que simpatizaba con la causa, y que su aportación a la victoria del Frente Popular chileno había sido muy valiosa. Además admiraban su poesía, impregnada a menudo de mensajes de profunda convicción social, y valoraban su disposición permanente, estuviera donde estuviese, a defender la causa de los trabajadores.

—Ningún problema —le respondieron tras escuchar sus preocupaciones—. Cuento con nuestra colaboración.

Los armadores del *Winnipeg*, cuya misión —recalaron— distaba mucho de pretender ganar dinero a costa del sufrimiento de los oprimidos, interrumpiría sus derrotas habituales, entraría en dique en Burdeos el tiempo que fuese necesario para reformas, y, si no surgían obstáculos de carácter técnico, sería acondicionado en el menor tiempo posible para transportar a un contingente de pasajeros. No se les podrían proporcionar camarotes de primera clase pero sí instalaciones similares a las que solían tener los barcos de similares características destinados al transporte de tropas entre Francia y sus colonias en África.

—Tenemos en el Partido técnicos y obreros muy capacitados y muy dispuestos a hacerlo. Para ellos será un honor contribuir con su esfuerzo a que una obra de esta naturaleza, ejemplo de la solidaridad entre los pueblos, salga adelante con éxito —le prometieron a Neruda.

Pablo Neruda abandonó la reunión henchido de alegría. Era la segunda noticia agradable en pocos días, después de la que le había proporcionado la elevada recaudación lograda por el Comité Chileno de Ayuda a los Refugiados Españoles. Creía en la solidaridad y aquellas palabras, que salían del corazón de la gente trabajadora —no otra cosa empezaba a ser para él comunismo—, le insuflaban confianza y optimismo. No sabía con precisión cuántas personas desesperadas de tantas como sufrían el destierro podría enviar a su país. Nunca preguntaba al Gobierno para evitar que le rebajasen demasiado la cifra y dejasen su misión reducida a algo puramente testimonial. Él calculaba, y así se lo había señalado a los armadores del *Winnipeg*, que podría llegar a las mil setecientas. Sin embargo, para evitar alarmar más en Chile, en sus conversaciones y declaraciones hablaba de mil trescientas a mil quinientas. Luego la realidad y las circunstancias ya se encargarían de determinar el número exacto. Menos le parecía muy poco. Incluso llegó a pensar que, cuando se calmasen los ánimos entre sus paisanos, quizás podría enviar otra remesa y aproximar el total a los cinco mil inmigrantes que en su opinión podrían ser absorbidos sin dificultades.

* * *

Nada concentraba tanto la atención de Pablo Neruda como la lectura de las cartas de refugiados españoles que llegaban a su modesto despacho solicitando ser admitidos como inmigrantes en Chile. Con la pierna lesionada extendida, el desvencijado sillón ladeado y el escritorio rebosante de papeles desordenados, el poeta sacaba con parsimonia las cartas de los sobres, miraba las hojas por una y otra cara, y se enfrascaba en su difícil lectura con la misma atención que prestaría a la última obra de alguno de los escritores que más admiraba. La caligrafía de muchos refugiados no le facilitaba el trabajo. «Se ha abierto hace un par de días —decía Lucidio G. Yubero desde el campo de St. Cyprien— inscripción voluntaria para ser eva-

cuados a su país. En ella nos hemos anotado mi hijo mayor y mi esposa. Todos podíamos ser útiles a la economía y al trabajo chilenos. Yo pertenecía al servicio de Correos español con categoría de jefe de administración; he sido profesor en un centro de segunda enseñanza y gerente comercial en una empresa cooperativa durante algunos años; mi hijo mayor, Manuel, de veintiún años, es estudiante de Medicina; mi hijo menor, practicante de sanidad, y mi esposa, Carmen, enfermera en hospitales de guerra. Mis perspectivas respecto a su país son las de rehacer en él mi vida y que mis hijos terminen sus estudios incorporándose a la vida chilena, trabajando toda la familia de acuerdo, a ser posible, con nuestras peculiares aptitudes.»

«Los que tenemos familia —explicaba en su solicitud Gonzalo Menéndez, desde el campo de Argelès-sur-Mer— no podemos apuntarnos individualmente, cosa fácil de comprender. Yo tengo una familia en que de siete miembros, sanos, fuertes, instruidos, educados, podemos trabajar seis: una joven de diecinueve años, dos muchachos de quince y diecisiete, mi esposa de cuarenta y dos, yo de cuarenta y seis y mi hermano Castor, de treinta y cinco. Solamente mi hija menor, de doce años, sin mucha necesidad, no debe trabajar. Yo soy un combatiente, maestro de escuela popular oficial...»

Había muchos maestros entre los solicitantes. Neruda les identificaba al primer golpe de vista: su caligrafía era cuidada, lo mismo que la ortografía. El madrileño Antonio Ballesteros, profesor de dibujo en el Instituto Nacional de Béjar (Salamanca), escribía desde Barcares, una larga carta en la que relataba la dura peripecia que a sus veinticuatro años le mantenía recluido en el campo sin otro horizonte que el que le había abierto de pronto la noticia de que Chile acogiera a un grupo de refugiados como él. En uno de los párrafos, como toda la carta verdaderamente estremecedor, comentaba: «Créame, ilustrísimo señor, si un servidor tuviera de nuevo que pasar tanto sufrimiento, tanto peligro y vivir escenas que supusieran el espanto que pasamos en España, francamente, me suicidaría».

Desde el campo de Gurs, Vicente Doménech García, de veintiséis años, imploraba por caridad ser admitido en la lista de seleccionados. «Encontrándome en el momento más difícil de mi vida —escribía con numerosas faltas de ortografía textualmente—; por el solo echo de cumplir dentro de la ley de un Gobierno constituido legalmente por la Nación. Pasados dos años con las mayores penalidades que puede pasar un hombre que es la guerra i siempre con el afán de encontrar la paz ya que me queda el amargo i inolvidable recuerdo de lo pasado le pido que vuscando la misma paz i dispuesto a trabajar en lo que sea sin condiciones ni clima solo me interesa encontrar la paz y trabajo. Con el mayor respeto a Vd. i a su país le ruego si algo puede hacer en mi favor en lo que sea aquí tiene mi humilde servidor que eternamente le quedara con el mayor agradecimiento i respeto.»

«Me llamo Joaquín García Huguet, nací en Ceuta (África), tengo veintinueve años y soy casado, sin hijos, teniendo mi esposa en Barcelona. Soy telegrafista desde hace trece años, tengo otra carrera empezada (ingeniero de telecomunicación), poseo varios idiomas; por encima de todo lo que quiero es trabajar. Para ayudar a mi padre tuve que empezar a trabajar a los catorce años como meritorio en un banco y, sin ayuda de nadie, completé mi instrucción, aprendí idiomas, gané las oposiciones a telégrafos con el número ocho, tomé parte en varios concursos de telegrafía... He tenido siempre una actividad de diez a doce horas diarias y estoy desesperado de la forzosa inactividad en que me encuentro. Deseo trabajar. Como telegrafista, puedo trabajar como tal en estaciones de cable, telefónicas, telegráficas, radiotelegráficas; y como obrero electricista. Como domino francés e inglés, podría llevar la correspondencia en casas comerciales.» Su dirección: Hèbergement de Refugiés Montolieu (Aude).

«Soy abogado del cuerpo técnico administrativo del Ministerio de la Gobernación desde 1929, en que ingresé por oposición —se presentaba en su misiva el gallego Augusto de las Casas desde

el campo de Saint-Cyprien—. En agosto de 1936 fui nombrado secretario administrador del Parque Móvil de los Ministerios Civiles, Vigilancia y Seguridad, en cuyo cargo estuve hasta que pasé a Francia como refugiado político. Además, soy escritor y periodista colaborador de los diarios más importantes de Vigo y Orense... Mi lealtad al Gobierno de la República española y mis escritos, nutridos de fervores liberales y románticos, hacen que mi regreso a España sea de momento imposible.»

Neruda estaba impresionado por estos testimonios, pero echaba de menos más solicitudes de agricultores, pescadores y mineros. La explicación era muy sencilla: eran los que tenían menos acceso a la información que circulaba en los campos de concentración y los que actuaban con mayor timidez a la hora de tomar iniciativas. Algunos eran analfabetos y otros escribían con dificultades. Muchas de las cartas se observaba que habían sido escritas por amanuenses que les habían hecho ese favor. También influía en su retraimiento la creencia falsa de que esas profesiones eran las que tenían menos salida a la hora de emigrar.

Seguendo recomendaciones del propio Neruda, los agentes del SERE tuvieron que emplearse a fondo para difundir la noticia y conseguir más aspirantes de estas profesiones dispuestos a emigrar a Chile. Muchas solicitudes que permitieron emigrar a un buen número de ellos fueron recogidas in situ. Neruda tenía miedo de que llegado el momento no se presentasen, porque eran personas a quienes asustaba viajar y más por un país, Francia, que tendrían que cruzar en tren, casi sin dinero y sin conocer el idioma, pero sus temores acabaron revelándose injustificados. Campesinos, pescadores y mineros, entre los que el número de analfabetos era muy superior, demostraron enseguida que su capacidad de decisión y su ánimo en tan difíciles circunstancias nada tenían que envidiar a quienes portaban un bagaje cultural y profesional superior.

«El que suscribe —se expresaba otro refugiado también desde Argelès-sur-Mer— Natalio Fernández Vázquez, natural de Madrid,

de veintiséis años de edad, de profesión mecánico electricista, de estado casado, tiene el honor de poder dirigirse a V.E. por medio de la presente, para comunicarle como deseando poder ser admitido por Chile, a lo que si fuera menester trabajar en alguna empresa del Estado para poder sufragar los gastos del viaje de mi esposa y el mío, por no poder sufragar los gastos del viaje de momento.»

Pedro Matalonga, periodista y escritor refugiado en el campo número 14, en Saint Cyprien-Plage, argumentaba su deseo de ser incluido en las listas del siguiente modo: «Esta noticia, tan agradable como inesperada —se refería a la predisposición de Chile a recibir a refugiados—, abre un inciso de optimismo en la penosa vida que aquí llevamos. Son ya tres largos meses de angustia, de privaciones y de sufrimientos los que hemos visto transcurrir desde nuestro ingreso en este campo, donde se diría que se pierde incluso la fisonomía humana. Tenemos ansia inmensa de recobrar nuestra libertad, de rehacer nuestras vidas, de reanudar nuestros interrumpidos estudios y trabajos. Ayúdenos usted, admirado Pablo Neruda, a realizar estas ambiciones, que son ya en nosotros obsesión y tortura. Trasladarnos a Chile y establecer allí nuestra residencia sería para nosotros una inmensa dicha».

Desde Barcarés, José Azorín Soriano encabezaba una lista de diez familias, de diferentes procedencias y con miembros de distintos oficios, que igualmente solicitaban ser admitidos como inmigrantes. «Esta determinación —explicaban— la hemos tomado plenamente convencidos de que su país, dado su espíritu liberal, encaja perfectamente con nuestro modo de sentir. Completamente apolíticos, no nos guían otros móviles que el vivir de nuestro trabajo, respetando para ser respetados, ya que a España no podemos desgraciadamente volver, aunque haya una amnistía, mientras esté gobernada por esa amalgama de militares traidores, parte del clero que olvidó su misión, y ese mosaico de camisas carentes de originalidad, ya que el color de éstas, lo mismo que las ideas, han de ser precisamente de procedencia italo-alemana.»

«Por higiene mental no deseo ir a España —escribía Manuel Ferriz— y no me atrae Francia y sí en cambio Chile, y deseoso de ir y no teniendo medios, espero de su bondad me incluya en la expedición que he oído que va a ir Dios mediante. Me encuentro en Agde en el campo num. 3-barraca AX-I. Tengo a mi esposa Ascensión y mis tres hijos, Manuel, Esther y Efraín, de siete, cinco y dos años en Sète, en el Nouveau Lazaret Protestant (...) Mi oficio durante la guerra ha sido cabo conductor, por lo tanto, soy chófer, además, soy guarnecedor de coches y confeccionador de impermeables.»

Otra carta, fechada en Quiberon, decía: «Somos refugiados españoles. Nos es del todo imposible volver a España. Dos matrimonios con un hijo cada uno. Yo, Francisco Arnó Santos, de profesión tipógrafo, linotipista (durante la guerra he actuado activamente de periodista y dirigí una publicación del frente que editaba nuestra 44 División, del Cuerpo de Ejército). Mi cuñado, Jaime Vallhonrat Puigbonet, es capitán de aviación del Ejército de la República y en el último año fue responsable de una escuadrilla de gran bombardeo. Yo he estado tres meses en un campo de concentración. Vida negra y miserable, esmaltada por mil parásitos. Hace quince días logré la libertad para reunirme con mi esposa, hermana e hijos aquí en Quiberon a condición de que nos vayamos pronto de Francia. Mi cuñado aún está en el campo de Gurs (Bajos Pirineos) [...] Ahora nuestro mayor anhelo, nuestra obsesión casi, es poder marcharnos de esta Europa siempre temblorosa ante la amenaza perpetua de una guerra que parece inevitable. América es nuestro puerto de salvación».

Joaquín Montero, lector infatigable y gran admirador de Neruda, no estaba en ningún campo. Vivía sus horas amargas de exilio en París, con libertad para moverse pero sin dinero para comer y, como miles y miles de compañeros de infortunio, sin perspectivas de rehacer su vida. Había intentado viajar a Chile por su cuenta en un barco de nombre *Imperial*, pero no pudo pagar las cuarenta libras que costaba el pasaje. En su carta a Neruda, se lamentaba:

«(...) en fin, que no veo posibilidad de escapar a mi triste situación (...) Y ¡perdone usted que, a sus muchas ocupaciones, añada esta llamada a su sensibilidad! No tendré más remedio, con las puertas de Chile abiertas y teniendo manera de rehacer mi vida, que, en lugar de echarme en los brazos del Chile acogedor, buscar la solución a mi tragedia en lo único acogedor que tiene París, los raíles del metro y los puentes del Sena».

* * *

Alejandro Casona, el famoso dramaturgo asturiano huido desde hacía meses de la represión franquista, fue uno de los primeros en enterarse, bien es verdad que por casualidad, de la crisis que amenazaba aquel agitado cinco de julio al débil Gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Había sido invitado por el director de *El Mercurio*, Clemente Díaz León, a una comida tumultuaria que la plana mayor del periódico ofrecía en el Club de la Unión en honor del prestigioso periodista uruguayo Víctor Pomés, y ocupaba un lugar privilegiado en la mesa presidencial, a la izquierda del propio Díaz León.

La visita a Santiago de Pomés nada tenía que ver con los refugiados españoles que vivían en París con la esperanza de poder emigrar a Chile en los brazos simbólicos de Pablo Neruda. Pero los debates que a lo largo de la mañana tanta tensión habían provocado en el Parlamento en torno a la acogida que el Gobierno se proponía brindar a un grupo de republicanos exiliados estaban en el centro de todas las conversaciones. Hasta la tensión bélica que existía en Europa había quedado olvidada, al menos de momento. Muchas opiniones, incluidas algunas de conspicuos representantes de la izquierda, coincidían en que el presidente, buena persona, proclive a contentar a todo el mundo y sujeto a múltiples presiones, había sido traicionado por su incapacidad de decir que no y... se había metido en un buen lío.

Pero en los círculos políticos de Santiago, donde las tertulias bullían como el agua hirviendo las veinticuatro horas del día, quien

más quien menos sabía que Aguirre Cerda era un hombre intuitivo y hábil como pocos en el manejo de los resortes con que contaba para ejercer la Presidencia desde el equilibrio inestable a que le tenían sometido los partidos que le apoyaban. Por eso algunos, desde su proverbial suspicacia, sospechaban, y así lo manifestaban en voz alta, que todo el guirigay, lejos de haber cogido por sorpresa al Gabinete, respondía a una estrategia destinada a distraer la atención de los problemas reales del país, que eran muchos y bastante angustiosos para una buena parte de la población.

Nada más lejos de la realidad. A mitad de la comida homenaje a Víctor Pomés, entró en el salón un veterano redactor del periódico, quien, haciendo verdaderos esfuerzos por superar su timidez, se acercó a la mesa presidencial, se hizo visible al director del periódico y en cuanto recibió la orden de acercarse, le cuchicheó algo al oído. Díaz León escuchó unos instantes con gesto sobrio, hizo un par de preguntas cortas para las que el redactor, con gestos visibles de encogimiento de hombros parecía no tener respuesta, y ya con el tenedor en la mano izquierda, ordenó:

—Pónganse todos en ello. Vaya. Intenten hablar con él. Si es cierto, querrá explicarlo...

Casona aguzó el oído y aunque no consiguió enterarse con precisión de lo que estaba sucediendo, sospechó que se trataba de algo grave y se quedó preocupado. Era un rumor insistente por minutos con todos los visos de realidad: el canciller, Abraham Ortega, uno de los puntales más firmes del Gobierno, acababa de dimitir. Había estado reunido el Consejo de Ministros pero en la referencia oficial no aparecía reflejada ninguna anomalía. Todo era muy confuso y en la Presidencia nadie se mostraba dispuesto a hacer el más mínimo comentario.

«Tratamos, poco después de las seis de la tarde —decía un despacho—, de inquirir noticias más fidedignas sobre el particular y en la Cancillería se nos informó que el señor Ortega se encontraba atendiendo en su despacho y nada se sabía sobre la renuncia ni

menos de antecedentes que hubieran sido motivo de ella.» Algún otro ministro contactado aseguraba no saber nada; sin embargo, tampoco había surgido voz oficial alguna desmintiéndolo. Hasta las siete de la tarde los periodistas acreditados en la sede presidencial no consiguieron confirmar la noticia. Efectivamente, un cuarto de hora antes, precisó un portavoz diplomático, el ministro de Relaciones Exteriores había hecho llegar al presidente la carta de renuncia.

A esas horas, en *El Mercurio* ya habían redactado una información que bajo un grueso titular anunciaba: «El ministro de Relaciones Exteriores dimitió de su cargo en la tarde de ayer». El despacho recogía la escasa información, imprecisa y carente de detalles, con que se contaba hasta esos momentos: «En la tarde de ayer, a raíz del Consejo del Gabinete que se celebró desde las 9 horas y de cuyos acuerdos damos en información aparte una síntesis, circuló insistentemente la noticia de que el ministro de Relaciones Exteriores, don Abraham Ortega, había formulado verbalmente la renuncia de su cargo, motivada por diferencias de apreciación con S. E. el presidente de la República acerca del problema de los inmigrados españoles que desean radicarse en Chile en una cuota proporcional a sus medios y población. Las primeras informaciones fueron vagas y, desde luego, ni siquiera insinuaban el motivo de esta decisión».

A lo largo de la noche, conforme iban llamando los reporteros con nuevos datos, el periódico fue incorporando precisiones y, ya al borde del cierre, la confirmación definitiva: «A las 6.45 de la tarde, el canciller señor Ortega envió al presidente de la República, como se acostumbra en tales casos, la renuncia escrita de su cargo de ministro de Relaciones Exteriores, cuyos fundamentos desconocemos en su texto literal. El jefe del Estado recibió esta comunicación no adoptando resolución alguna».

Las indagaciones hechas por los periodistas de *El Mercurio* también confirmaron que las discrepancias entre el presidente y el Canciller habían surgido en el transcurso de la reunión del Consejo

de Ministros, celebrada en el palacio de La Moneda en paralelo con el debate en la Cámara de Diputados, y tenían como motivo central el mismo problema, «la entrada en nuestro país de españoles republicanos», objeto de un enfrentamiento creciente entre las fuerzas aglutinadas por el Frente Popular y los partidos de la oposición conservadora.

—Hay divergencias de opinión con el presidente —le reconoció el ministro, bien entrada ya la madrugada, a un periodista de su confianza—, pero no tienen gran importancia.

Otros miembros del Gobierno no opinaban lo mismo. Habían asistido a la discusión, apenas amortiguada por la solemnidad que presidían las reuniones del Consejo, y no intuían una salida fácil a la crisis. Reemplazar a un miembro del Gabinete tan relevante como Abraham Ortega Aguayo seguramente crearía complicaciones en una coalición agitada por intereses dispares y poco menos que prendida con alfileres al liderazgo de Aguirre Cerda. La derecha, que había aceptado su derrota a regañadientes y consideraba su alejamiento del poder como algo temporal, enseguida vio en la crisis una oportunidad única de desgastar al Gobierno.

En la mañana del día cinco, todos los periódicos de Santiago destacaban en sus portadas la noticia de la primera renuncia, consecuencia de discrepancias fuertes, en el Gabinete del Frente Popular. «La cuestión de los refugiados provoca la renuncia de un ministro», titulaba *El Diario Ilustrado*. Los matutinos de izquierdas intentaban minimizar su gravedad, pero los de derechas, mejor implantados y más influyentes, aunque procuraban atenerse de manera escrupulosa a los hechos conocidos, era tal el despliegue que le daban a la noticia que su importancia resaltaba a simple vista sólo ojeando los titulares. Quienes trataban de quitarle relevancia a la dimisión se vieron desautorizados cuando trascendió que el ministro no había acudido a su despacho esa mañana y que los servicios de protocolo del ministerio estaban llamando a las embajadas para cancelar la recepción que el canciller tenía previsto ofrecer ese día al cuerpo diplomático.

Mientras tanto, en una discreta reunión celebrada en el despacho del ministro del Interior entre el titular de la cartera, Pedro E. Alfonso, su colega de Agricultura, Alvaro Olavarría, y los diputados de la mayoría Marcos Chamudes y Juan Bautista Rosseti, se llegó a la conclusión de que las discrepancias eran nimias, más de planteamiento que de fondo, y, por lo tanto, que no había razones políticas o estratégicas de peso para justificar una crisis de Gobierno como la que algunos temían que pudiera estallar.

—Las causas que llevaron al señor Ortega a presentar su dimisión son muy salvables —explicó el portavoz radical entre tanto.

El presidente, que intentaba dar una imagen de normalidad institucional desde su despacho, donde las reuniones y audiencias estaban desarrollándose conforme a la agenda de la jornada, autorizó por teléfono al grupo para llevar a cabo una mediación. Los cuatro se trasladaron a primera de la tarde a casa del ministro, escucharon sus argumentos, se trasladaron con ellos al palacio de La Moneda, volvieron a la residencia del dimisionario después de conversar un buen rato con el presidente, y bien entrada la noche regresaron al despacho del jefe del Estado para, con una sonrisa de oreja a oreja, informarle de que el canciller accedía a volver a su puesto con la misma ilusión y disposición con que lo había asumido algunos meses atrás.

Una vez aclaradas las cosas y fijados los acuerdos, el presidente envió una carta al ministro pidiéndole que retirase la renuncia y reiterándole su deseo de que volviese a asumir sus funciones con la misma eficacia con que ya las venía desempeñando. Ortega, que aguardaba en su domicilio el desenlace de los acontecimientos, leyó atentamente la misiva, se vistió la chaqueta y partió inmediatamente hacia La Moneda para agradecerle personalmente al jefe del Estado la renovación de su confianza. La crisis había sido superada. En la entrevista que mantuvieron ambos políticos «hubo —siempre en la versión de *El Mercurio*— completo acuerdo acerca del procedimiento a seguir en cuanto a la entrada y atención en el país de los inmigrantes españoles», asunto sobre el cual el presidente se había

mostrado claudicante y, en cambio, el ministro mantuvo en todo momento una actitud firme en el cumplimiento de los compromisos adquiridos.

«El canciller Ortega accedió a retirar la renuncia a su cargo», informaba el día seis *El Mercurio* en su portada. Como resumen final de lo ocurrido, la información concretaba así las razones del ministro: «... el señor Ortega, que ya había planteado sus puntos de vista en el Consejo de Gabinete de anteaer, se refirió, en particular, al problema y a los procedimientos que había usado hasta el momento en la clasificación y estudio de la entrada a nuestro país de inmigrantes españoles republicanos».

Unas razones que nunca se conocerían con exactitud. *El Diario Ilustrado*, que no desaprovechaba ninguna ocasión para hostigar al Gobierno, se preguntaba: «¿Quién es el que se opone verdaderamente a la inmigración española? ¿Es el presidente de la República o su ministro de Relaciones Exteriores?». Tras la campaña de los dos periódicos conservadores, e incluso en la airada reacción de algunos partidos, no faltaban quienes veían la alargada sombra de los diplomáticos franquistas que acababan de asumir la representación española y de sus colegas chilenos en París, empeñados en impedir que la misión de Neruda saliese adelante. Pero no eran sólo los franquistas los que conspiraban para que la operación fracasase.

El presidente había recibido unas horas antes una carta muy quejosa de Indalecio Prieto. El dirigente socialista español se lamentaba de que Neruda no estuviera teniendo en cuenta a la JARE, que él encabezaba, y que una iniciativa de Estado como la que había puesto en marcha el Gobierno chileno amenazase con beneficiar únicamente a refugiados afines al sector de Negrín, su tradicional adversario tanto en el PSOE como en el Ejecutivo, y particularmente a militantes del Partido Comunista. Antes de anunciar su dimisión, el canciller Ortega había llamado a Neruda para plantearle aquellas quejas. Pero, de los entresijos de la conversación, nada había trascendido a la calle.

La información ajustada a los hechos conocidos, publicada por *El Mercurio*, se completaba en sus páginas de opinión con un editorial en el que, bajo el título «Siempre los refugiados», una vez más el periódico arremetía contra la acogida a inmigrantes españoles. Sus argumentos eran ya recurrentes, pero el autor de la columna editorial en esta ocasión elevaba la cifra a veinte mil, diez veces superior a las barajadas hasta ese momento por los críticos más catastrofistas, y aunque no citaba fuentes que avalasen semejante afirmación, la alarma que crearía semejante dato estaba servida. Sobre todo teniendo en cuenta el ambiente de inquietud en torno a la llegada de los exiliados que ya existía.

«Vano ha sido todo lo que se ha dicho en la prensa de Chile —aseguraba el editorial— acerca de la inconveniencia de esta acogida a individuos que no acreditan observar, entre nosotros, un comportamiento compatible con la tranquilidad social y las buenas costumbres. No se trata, por lo menos en la mayoría de los casos, de esforzados trabajadores que sean capaces de poner al servicio de Chile una técnica y un arte perfectos, ni de industriales que pudieran aumentar en cuanto llegados a este país el nivel de la producción. Sólo hay fundados temores para creer que muchos de ellos, si no la mayor parte, encubran bajo el disfraz del simple emigrante al agitador que traiga sólo posibilidades de inquietud para el orden público.»

Concluía el periódico con una advertencia preocupante para los planes que Pablo Neruda se esforzaba por poner en marcha desde París: «Es de esperar que el breve entredicho surgido en el equipo de Gobierno, y que terminó ayer con el retiro de renuncia que había presentado el ministro de Relaciones Exteriores, determine un cambio de orientación en la política ligera y poco clara que ha prevalecido hasta hoy en tan delicada materia (...) que tenga fuerza bastante para detener maniobras hechas a su espalda, a mucha distancia de Chile, por funcionarios horros de criterio y dirigidos más por doctrinarismos exóticos que por las supremas conveniencias nacionales».

Más duro aún era el editorial del católico *Diario Ilustrado*. Se titulaba «Más Refugiados» y retomaba como primer argumento contra la llegada de inmigrantes republicanos las elevadas tasas de paro que ya se registraban en el país: «... en el nombre de los intereses superiores de la colectividad, que están por encima de los sentimentalismos y el criterio personal y partidista de nuestros cónsules. Esos intereses están vitalmente amenazados por la inminencia de la venida de miles de excombatientes españoles, que ingresarán en el país en circunstancias bien dolorosas para los obreros chilenos, cuya situación de miseria se refleja en las progresivas cifras de cesantía... y también en los instantes en que de nuevo la miseria con su dramático cortejo, pasea por las calles de Santiago, en los andrajos de los obreros que piden el pan de que carecen en sus hogares».

El periódico acusaba al Gobierno de incumplir sus promesas y de ocultar sus planes: «(...) una verdadera confabulación de instituciones de inocultable factura marxista que patrocina esta ayuda en connivencia con la SERE de París y de nuestra Cancillería contra los trabajadores de Chile (...) lo que ahora realiza Francia tendrá en lo sucesivo que hacerlo el Gobierno de Chile, salvo que se despoje de su trabajo a los obreros chilenos en actividad para proporcionar medios de vida a esos extranjeros. Triste privilegio se ha reservado a nuestro país en el problema de los excombatientes de la España roja».

«En Argentina, Uruguay y Colombia —concluía el editorial—, hubo colectas generosas para formar un fondo de ayuda a los refugiados. Pero ninguno de esos países ofreció su suelo para la hospitalidad. Dinero, el que quieran; terreno, ni una sola pulgada. Así entienden esos países los privilegios primarios de sus habitantes, cuyos derechos al trabajo, al bienestar, al pan abundante, consideran preferentemente.»

Abraham Ortega, plenamente reintegrado en sus funciones, en el primer encuentro que tuvo con la prensa, intentó atajar algunas ideas falsas que, tantas veces repetidas por la prensa de derechas,

estaban calando como verdaderos dogmas en la opinión pública. La llegada de los inmigrantes españoles aseguró que sería «beneficiosa (para el país), ya que contribuiría al desarrollo de la producción y en ningún caso concurriría a competir con nuestros obreros». Los periódicos de izquierdas, por su parte, publicaron editoriales en apoyo del Gobierno y el Frente Popular difundió un comunicado invocando principios de solidaridad para justificar la acogida.

«Los refugiados españoles —argumentaba la nota— que soportan las más crueles privaciones en los campos de concentración de Francia no tienen otra esperanza que la de buscar el refugio hospitalario de nuestra tierra y la de México, países de sangre hermana donde el pueblo tiene gobiernos que representan su voluntad.»

Unas horas más tarde, el canciller Ortega, hombre prudente y poco dado a conceder entrevistas, rompió con su actitud distante y reservada e hizo unas declaraciones exclusivas precisamente al periódico que tradicionalmente le trataba con mayor frialdad y a menudo hasta con acritud: *El Diario Ilustrado*. Sus explicaciones cobraron así doble interés no sólo por su contenido, sino también por el medio en que aparecían reflejadas. El propio ministro, antes de responder a la primera pregunta, hizo un comentario personal con el que el periódico introducía la conversación:

«— Celebro —nos dice el señor Ortega— que haya sido precisamente *El Diario Ilustrado*, que es el órgano de prensa que más ha atacado la política gubernativa sobre la inmigración, quien se haya preocupado de conocer, por mi intermedio, la verdad de lo que ocurre en cuanto a los inmigrados españoles se refiere. Quiero que por ustedes el país sepa a qué atenerse y que quienes han sentido inquietud se tranquilicen.

«—¿Cuántos son, en realidad, los inmigrantes españoles que se embarcarán en el *Winnipeg*? —le preguntó el periodista.

«—Justamente 1.350 hombres, algunos casados y con familia. Debo hacerles presente que, cumpliendo instrucciones precisas de este ministerio, el Consulado General en París, y no solamente el

señor Neruda, como se ha dicho, los selecciona cuidadosamente por oficios. Son todos obreros especializados, pescadores, agricultores, parceleros, metalúrgicos, etcétera. Todo gente que hace falta en el país.»

Eran las declaraciones de un ministro acorralado en sus compromisos que intentaba salir del atolladero en que se encontraba el Gobierno con frases tranquilizadoras, medias verdades y algunas inexactitudes de bulto. Las denuncias a la condición revoltosa de los futuros inmigrantes que se venían haciendo solían citar como ejemplo a los mineros asturianos, a quienes se presentaba como revolucionarios profesionales, protagonistas recientes de una revolución en la que habían perdido la vida centenares de personas, y a la que consideraban más perniciosa para la República que el propio golpe de Estado del general Franco. En un momento de la conversación con el periodista del *Diario Ilustrado*, Abraham Ortega deslizó una observación tan discriminatoria para uno de los colectivos regionales más representativos del exilio como alejada de la realidad.

«—Entre ellos no viene un solo asturiano, son todos vascos y catalanes.»

Luego añadió:

«—No se ha querido, por el Gobierno, dar asilo a refugiados, aunque incidentalmente así lo parezca, sino traer al país gente beneficiosa que contribuirá al desarrollo de la producción y que, en ningún caso, concurrirá a competir con nuestros obreros. A estos individuos se les ha escogido, justamente, porque no son ganapanes ni intermediarios, y no hay razón alguna para suponer que, porque hayan combatido en uno de los bandos en lucha en España, sean criminales o evadidos de las cárceles.

»—¿Cuántos españoles más aceptará el Gobierno? —se interesó el periodista.

»—Ni uno solo más —fue la terminante contestación del ministro—. Recientemente, ayer, se han enviado instrucciones precisas al Consulado General en París para que no acepte no ya visar pasaportes,

tes, sino ni siquiera recibir solicitudes de los refugiados españoles que se encuentran en Francia.

»—Se teme —comentó el entrevistador— que esos elementos sean causa de perturbaciones.

«—No lo podrán ser —nos responde el señor Ortega—. Antes de embarcarse, en el momento en que se les visaron los pasaportes, se les notificó perentoriamente que les quedaba estrictamente prohibido inmiscuirse en nuestra política, so pena de expulsión inmediata del país.»

En su afán por calmar los ánimos, el canciller anticipaba como consumados hechos que no se habían producido. En París todavía no se había visado ningún pasaporte, ni se había hecho la selección, ni se había cerrado la admisión de solicitudes, más bien lo contrario, ni por supuesto los aspirantes a inmigrar a Chile habían recibido aún recomendación, sugerencia o instrucción alguna. De hecho, casi ninguno tenía la seguridad de que su solicitud fuese atendida. Además, el barco elegido para efectuar el traslado, el *Winnipeg*, aún estaba siendo acondicionado y, en la lista de aspirantes, no sólo había catalanes y vascos, también aparecían muchos gallegos, castellanos, andaluces, valencianos, extremeños, cántabros y, por supuesto, un elevado número de... asturianos.

En París, Neruda permanecía puntualmente informado de lo que estaba ocurriendo en Santiago e intentaba adelantarse como fuese a cualquier contratiempo que acabase enviando al traste su ilusión. Manejaba un delicado juego de gato y ratón de resultado imprevisible. Era consciente de que todo pendía de un hilo muy débil y más cuando alguien bien informado le puso al corriente del aspecto más preocupante de la crisis: la inquietud que la intoxicación de la derecha empezaba a crear en los cuarteles, entre unas fuerzas armadas que sólo a regañadientes venían asumiendo la victoria electoral del Frente Popular y lo que un par de años atrás parecía imposible, su acceso al poder.

La lectura de las cartas pidiendo, implorando a veces, ser tenidos en cuenta, ayudaban a Pablo Neruda a superar los momentos bajos, rayanos a menudo en depresiones pasajeras, y le estimulaban a perse-

verar en el esfuerzo para ayudarles. Recordando aquellas horas tensas, marcadas por la ansiedad, la determinación, la rabia y la incertidumbre, el poeta perpetuó en inolvidables versos la imagen de tantas personas abandonadas por la suerte, aferrándose en su desgracia a la esperanza de una nueva vida que como en un sueño les brindaba embarcar en el *Winnipeg* con un destino tan lejano como desconocido.

De más lejos,
de campos y prisiones,
de las arenas negras
del Sahara,
de ásperos escondrijos
donde yacieran
hambrientos y desnudos,
allí en mi barco,
claro,
al navío en el mar, a la esperanza
acudieron llamados uno a uno
por mí, desde sus cárceles
donde las fortalezas
de Francia tambaleante
por mi boca llamados
acudieron...

5

«Estos magníficos sectarios»

Toda Europa empezaba a ser consciente de que la amenaza nazi fascista iba en serio. Aunque los gobiernos democráticos intentaban aparentar normalidad, ninguno ignoraba el peligro que se cernía incluso contra la propia soberanía de sus Estados. «Según Mr. Eden —anunciaba *El Mercurio* el día siete de julio—, no habrá guerra europea si Gran Bretaña se mantiene firme y convence a Berlín y Roma de su decisión.» Bastaba echar la vista atrás y observar la impunidad con que, insuflado de veleidades imperiales, Benito Mussolini había conquistado Abisinia hacía cuatro años; acababa entonces de repetir la iniciativa ocupando la vecina Albania y, tras la huida del monarca Zog I, proclamando rey a Víctor Manuel III.

Mientras, Hitler, decidido a rectificar la Historia y darle la vuelta al Tratado de Versalles, después de haberse anexionado Renania, se hacía con Checoslovaquia, proclamaba la Anschluss anexionándose Austria, amenazaba a Francia, a los países nórdicos y del Benelux, si no se plegaban a sus delirios y, ya con la Wehrmacht en Praga, reclamaba a Polonia Danzig. Y lo mismo podría decirse de lo que estaban protagonizando bastante miles de kilómetros hacia Oriente las ambiciones territoriales de Japón, el tercer miembro del Eje creado en 1936 como pacto Antikomintern entre Roma, Berlín y Tokio. Tropas niponas habían entrado en el continente asiático, ocupado una buena parte de Indochina y atacado China, donde crearon el fugaz reino de Manchukuo y se apoderaron de varias de las ciudades más importantes, como Shanghai, Nankín, Pekín y Cantón.